

# EL SUEÑO Y EDITH

Mauricio B.

Image not found.

# Capítulo 1

## El Sueño y Edith

Las ondas se dispersaban en el aire, perturbándolo. Era la púa contra el disco que emitía frituras quejasas, como todos los domingos, como todos los días mientras su madre comenzaba el rutinario aseo.

Ella dormía. Su estado de alerta se había inhibido hasta los niveles más profundos, se entregaba al desfallecimiento aproximándola a la muerte. No era más presa de la gravedad sino que se entregaba al vacío. Sus sentidos, ahora agudizados, sentían el calor de la mañana y la brisa fría que ruborizaba sus mejillas.

Así dormitaba, vulnerable e indefensa. Sumida en el sueño más recóndito.

Las frituras se tradujeron en notas profundas que fusionaban golpes de tambores y la voz de Edith. Que la Introducían en el último sueño, el más vívido. El ritmo de los tambores en la vieja melodía nacía desde su pecho, era el bombeo de un corazón que se estaba desvaneciendo.

Un gorrión comenzaba su alabanza al alba con pereza, ello lo percibía y se dejaba llevar por el canto. Hoy más dulce que nunca, como jamás lo había escuchado.

¿Qué diferencia tenía esto con la muerte? Para ella el estado onírico no era más que la sucesión de ensayos al óbito. No hallaba diferencias con morir. Noche tras noche se sumía en ese estado, agonizaba y volvía a renacer. Siempre con la sensación latente de no querer regresar jamás. De sucumbir eternamente, suspenderse en la melodía y no volver.

¿Qué experiencia sería para ella el tiempo? En un sueño podía vivir toda una vida, y en una exhalación ver escurrirse el tiempo en un instante. Vivir era el error de lamentar siempre el pasado, hasta al pasado mismo que ocurrió hace un instante. Ese latido forzado al que llamaba presente. Tan escurridizo, falaz o efímero. Equiparable a quedar siempre con sabor a sangre en la boca. Por haber podido disfrutar un momento y no haberlo logrado. Haberlo dejar pasar.

Si caía en la cuenta, esos chillidos eran las uñas del tiempo desgarrando el presente. Parecían haber transcurrido días, horas, años, otro lapso perdido. Pero no. Solo habían transcurrido algunos segundos.

La música la tensionaba. Se metía en la trama de sus sueños y en vez de dejarla aflorar a la realidad, la sumergía a lo profundo. Del pentagrama se

dibujaban manos que la jalaban para que agotara el aire. Como si la música fuera el seno del mar. Sin poder bollar a la superficie. Agua, siempre quiso dejarse morir en ella.

Sus pulmones se estrujaban expulsando en una tenue sibilancia la última bocanada. Estoy muriendo -pensó mientras dormía-. Estoy ahogandome en este mar, la melodía. El sonido de los chelos ahogaba sus gritos sordos, se entremezclaba con el sueño.

Entonces escuchó los pasos de Edith que se acercaba, se encendió la luz del escenario, y desde el limbo observó la orquesta alrededor de sus despojos. Edith en el centro con su mirar perdido hacia pasos torpes, esperando su momento, transformando el ambiente, apoderándose del todo.

Su mente entró en el trance, desistió de abrir los ojos. Tomo el micrófono, inhaló un aire profundo y sintió desvanecerse. En su canto lanzó un descargo al silencio, para que la escuchase:

“No, nada en absoluto. No, no me arrepiento”.

Una lágrima difusa, intentó salir de sus parpados, sentía dolor, quería llorar, pero ¿Por qué habría de hacerlo? No tenía excusas que justifiquen el el último sollozo. La lágrima era un desgaste innecesario. La retuvo, no la dejó salir hasta fuera evaporandose al aire.

El pecho se le hundió hasta tocarse con las viseras. El corazón, imperceptible, casi inválido, se aquietó lentamente; liberando el alma que al fin escapó lejos. Levitó por encima de los arboles. Se alejó del cuerpo, hasta llegar a distancias irrecuperables de las que nunca intentó volver, jamás.